

En la misma mesa que antes de comer, absorbidos é inmóviles, los tres jugadores de dominó continuaban su partida. Caraván se acercó á ellos en demanda de conmiseración. Como ninguno parecía verle, se decidió á hablar:

—Desde que les dejé me ha ocurrido una gran desdicha.

Los tres levantaron á medias la cabeza pero sin apartar la mirada de las fichas.

—¿Qué te pasa?

—¡Acaba de morir mi madre!

Uno de ellos murmuró:

—¡Ah! ¡diantre!—con aquella expresión de fingida pena que adoptan los indiferentes en tales casos. Otro, no sabiendo qué decir, inclinó la cabeza y lanzó un silbido lúgubre. El tercero se fijó de nuevo en el juego como si pensara: “¡Bah! Es una cosa natural.”

Caraván esperaba una de aquellas palabras que se dice que “vienen del corazón.” Viéndose recibido de aquel modo se alejó indignado de aquella tranquilidad ante el dolor de un amigo, siquiera en aquel instante no fuera muy vivo el tal dolor.

Salió.

Su esposa le esperaba en camisa sentada en una silla baja, junto á la ventana abierta, pensando en la herencia.

—Desnúdate,—le dijo;—hablaremos al estar en la cama.

Caraván indicando con la mirada el techo, dijo:

—¿No hay nadie arriba?

—Sí, está Rosalía; á las tres, cuando hayas echado un sueño, subirás tú.

No se quitó los calzoncillos por vía de precaución, se ató un pañuelo de seda á la cabeza y se metió en cama.

Permanecieron un rato callados. Ella reflexionaba.

Tenía la cofia inclinada á un lado como de costumbre, adornada con un lazo color de rosa.

De pronto, volviendo la cabeza hacia él, exclamó:

—¿Sabes si tu madre ha hecho testamento?

—No... no lo creo... Me parece que no habrá hecho.

La señora Caraván miró fijamente á su marido y dijo en voz baja y con acento colérico:

—Eso es una indignidad, porque hace diez años que nos descrismamos cuidándola y dándola de comer. Me parece que tu hermana no hubiera hecho ni la mitad, ni yo tampoco, á saber como sería recompensada! ¡Es una vergüenza para su memoria! Dirás que pagaba la manutención, es verdad; pero las atenciones y cuidados de los hijos se recompen-

san por medio de un testamento. Así lo hacen las personas honradas. En cambio yo he trabajado de balde. ¡Está muy bien; muy bien!

Caraván, desesperado, decía:

—Cálmate, cálmate, querida; te lo suplico, te lo ruego.

Por fin se calmó y dijo con su acento ordinario:

—Mañana por la mañana habrá que avisar á tu hermana.

—Es verdad, no había pensado en ello; cuando amanezca le enviaré un telegrama.

No—replicó ella;—no lo envíes hasta las diez á fin de que tengamos tiempo de prepararnos antes de su llegada. Para venir de Charentón tardarán dos horas por lo menos. Diremos que con el disgusto no te acordaste de avisar á tiempo. Unas horas de retraso poco importan.

Caraván, pasándose la mano por la frente, y con el acento tímido que tomaba siempre que hablaba de su jefe, cuyo recuerdo le hacia temblar, dijo:

—Hay que avisar en el ministerio.

—¿Para qué? En ocasiones así nada importa que no se avise. No envíes recado, créeme; el jefe no podrá reñirte y en cambio le fastidiarás.

—Sí, buena rabieta pasará al ver que no voy. Tienes razón; es una buena idea. Cuando le diré que ha muerto mi madre no podrá chillar.

El empleado, satisfecho de su broma, se restregaba las manos de gusto en tanto que en la habitación de encima yacía el cadáver de la vieja cerca de la criada dormida.

La señora Caraván estaba pensativa como si la preocupara sus pensamientos que no se atrevía á expresar. Por fin se decidió:

—¿Verdad que tu madre te había dado el reloj de su cuarto?

Su marido reflexionó un momento, escudriñando su memoria, y dijo:

—Sí, creo que sí. Cuando vino á vivir con nosotros dijo que me daría el reloj si lo cuidábamos bien.

La señora Caraván se tranquilizó y repuso:

—Entonces es preciso ir á buscarlo, pues si lo dejamos donde está y esperamos á que llegue tu hermana, buenas noches.

—¿Lo crees así?...

Ella se enfadó:

—¡Ya lo creo! Una vez aquí, en cambio, que reclamen; es nuestro. Lo mismo hemos de hacer con la cómoda de su cuarto, la que tiene mármol. Me la dió á mi un día que estaba de buen humor. La bajaremos al mismo tiempo.

Caraván parecía dudar.

—Es una gran responsabilidad, querida—dijo.

—¡Ah, sí!—exclamó hecha una furia su esposa.—

¿De modo que siempre serás el mismo? Antes de decirte dejarás siempre que mueran de hambre tus hijos. ¿No me dió esa cómoda? Pues es mía. Y si tu hermana no está contenta, tanto peor para ella. ¡Lo que me importa tu hermanal! ¡Eal levantémonos y cojamos en seguida lo que nos dió tu madre.

Tembloroso y vencido, saltó de la cama. Iba á ponerse los pantalones; pero su esposa le contuvo.

—No hay necesidad de vestirse. Yo no me visto tampoco.

Y los dos, en paños menores, subieron á la chita callando, abrieron la puerta con precaución y entraron en el cuarto, donde las cuatro bujías encendidas en torno del plato donde había el boj bendito parecían velar á la muerta en su rígido sueño, pues Rosalía, con las piernas estiradas, los brazos caídos y la boca abierta, dormía roncando.

Caraván cogió el reloj. Era uno de esos objetos grotescos que produjo el arte imperial. Una muchacha de bronce dorado, con la cabeza adornada de flores, sostenía con la mano un *bilboquet* cuya bola servía de péndulo.

—Dame esto—dijo su esposa—y toma el mármol de la cómoda.

Obedeció resoplando y se echó á cuestras el mármol, haciendo un esfuerzo considerable.

Entonces se alejó la pareja. Caraván se inclinó

para pasar la puerta y bajó temblando la escalera mientras que su mujer, bajando de espaldas, le alumbraba con una mano y sostenía con la otra el reloj.

Cuando llegaron á su cuarto lanzó ella un suspiro de satisfacción.

—Ya hemos hecho lo más costoso; vamos á terminar.

Los cajones del mueble estaban llenos de ropas de la difunta. Había que ocultarlas en alguna parte.

La señora Caraván tuvo una idea:

—Ve á buscar el cajón de la leña que hay en el vestíbulo. No vale ni dos francos y podemos ponerlo aquí.

Cuando Caraván trajo el cajón empezaron el traslado de ropas.

Tomaban uno tras otro cuellos, corpiños, puños, camisas, gorras, todas las pobres prendas de la vieja que yacía detrás de ellos, y las colocaban metódicamente en el cajón para engañar á la señora Braux, la hija de la difunta, que llegaría al día siguiente.

Después bajaron los cajones vacíos y por último la cómoda entre los dos, pasando un rato en descubrir dónde mejor efecto produciría. Por fin decidieron colocarla entre las dos ventanas frente á la cama.

Una vez en su sitio la señora Caraván la llenó con su propia ropa. El reloj quedó en la chimenea de la sala y la pareja se fijó en el efecto que producía. Quedaron encantados.

—Está muy bien— dijo ella.

—Sí, muy bien—contestó Caraván.

Se acostaron. Ella apagó la bujía y al poco rato todos dormían en la casa.

Era ya de día cuando Caraván despertó. Estaba como entontecido y no recordó hasta al cabo de un rato los acontecimientos de la víspera. Aquel recuerdo le produjo una conmoción y saltó de la cama trastornado, próximo á llorar.

Subió á la habitación del segundo piso, donde aún dormía Rosalía, que se había pasado la noche en un sueño. La envió á sus quehaceres, cambió las velas que se acababan y miró á su madre pensando confusamente en esas ideas medio religiosas, medio filosóficas, que asaltan la mente de las personas de inteligencia mediana ante el espectáculo de la muerte.

Su esposa le llamaba y bajó. Había hecho una lista de las diligencias que eran precisas, y se la entregó, asustándole.

Leyó esto:

- 1.º Hacer la declaración en la alcaldía.
- 2.º Avisar al médico forense.
- 3.º Encajar el ataúd.

4.º Pasar por la parroquia.

5.º Avisar á la funeraria;

6.º A una imprenta para las esquelas;

7.º Al notario.

8.º Ir á telégrafos para avisar á la familia.

Además tenía que hacer otros recados de menor importancia. Tomó el sombrero y se fué.

La noticia había circulado y muchas vecinas fueron á la casa pidiendo ver á la difunta.

En casa del barbero, se entabló el siguiente diálogo entre marido y mujer, mientras aquél afeitaba á un parroquiano y ésta hacía calceta:

—Una avara que se va al otro mundo. No la podía tragar; pero de todos modos habré de ir á verla.

Su marido gruñó mientras enjabonaba al paciente:

—¡Qué demonios de mujeres! ¡Son el mismísimo mengue! No contentas con freiros en vida, ni siquiera os dejan en paz después de muertos.

Pero su esposa, sin desconcertarse, contestó con flemma:

—Tengo ganas de ir; no lo puedo remediar. Si no la viera, me parece que pensaría en ella durante toda la vida. Una vez la haya visto bien, ya estaré satisfecha.

El tío de la navaja se encogió de hombros y dijo al prójimo cuya mejilla rascaba:

—¡Qué ideas tienen las mujeres! ¡Valiente vista

para un ciego! No seré yo quien vaya á ver muertos.

—Pues hijo, no sé qué decirte,—replicó la comadre; y dejando la calceta sobre el mostrador, subió al primer piso.

Había ya dos vecinas que hablaban con la señora Caraván, la cual explicaba los detalles del accidente.

Fueron hacia el cuarto mortuorio. Las cuatro mujeres entraron á paso de lobo, rociaron una tras otra la sábana con agua salada, se arrodillaron y murmuraron una oración persignándose, y al levantarse, miraron largo rato el cadáver, en tanto que la nuera de la difunta, llevándose el pañuelo á la cara, simulaba un hipo de desesperación.

Cuando se volvió para salir, vió en el umbral de la puerta á María Luisa y Felipe Augusto, ambos en camisa, que miraban con gran curiosidad. Entonces, olvidando su pena, se lanzó hacia ellos chillando:

—¡Fuera de aquí, entrometidos!

Al cabo de diez minutos, volviendo con una nueva hornada de vecinas, vió también á los chiquillos y les riñó por pura fórmula; pero al cabo de un rato ya no se cuidó más de ellos, que se arrodillaban y repetían cuanto veían hacer á su madre.

A las primeras horas de la tarde, ya había disminuído el número de vecinos. Poco después ya no

acudió ninguno. La señora Caraván preparaba cuanto estimaba necesario para las fúnebres ceremonias, y la difunta estaba solitaria.

La ventana del cuarto estaba abierta. Entraban un calor tórrido y grandes bocanadas de polvo; las llamas de las bujías se agitaban cerca del cuerpo inmóvil: y en las sábanas, en el rostro, en las manos estiradas, por donde quiera paseaban, iban y venían, corrían mosquitos, visitaban á la vieja, esperando su hora próxima.

María Luisa y Felipe Augusto correteaban ya por la calle y pronto les rodearon una porción de camaradas, niñas sobre todo, más avispadas que los niños y que antes se fijan en los misterios de la vida. Preguntaban como personas mayores:

—¿Tu abuela ha muerto?

—Sí, anoche.

—¿Cómo es un muerto?

María Luisa se explicaba, detallando la ramita de boj, las velas, la cara de la difunta. Todo aquello despertó gran curiosidad en los niños que pidieron también ver el cadáver.

María Luisa organizó una primera expedición compuesta de cinco niñas y dos niños, los mayores, los más osados. Les obligó á quitarse los zapatos para que no se descubriese su presencia y el grupo

se destizó por la escalera y subió sin ruido como un ejército de ratones.

Una vez en la habitación, la mocosuela, imitando á su madre, dispuso el ceremonial. Se arrodilló, se santiguó, pareció rezar, levantóse, é imitaronla sus camaradas que se aproximaron á la cama en apretado haz, salpicando las sábanas con el agua del plato. Estaban encantados y temerosos á un tiempo, contemplando el rostro y las manos de la difunta. La niña se puso á sollozar de mentirijillas, tapándose la cara con el pañuelo. Consolóse de pronto pensando en los que aguardaban; se retiró con aquel primer grupo y volvió á poco con otro, y con otro luego, pues todos los arrapiezos del barrio, incluso los mendigos más astrosos, querían disfrutar de aquella nueva diversión, y cada vez imitaba con mayor soltura las pamplinas maternas.

Por fin se cansó, y emprendiendo todos los niños un nuevo juego quedó la vieja solitaria y olvidada por completo.

La habitación se llenó de sombras y la luz de los cirios producía bruscas claridades que iluminaban la cara seca y arrugada de la difunta.

A las ocho subió Caraván que cambió las bujías y cerró la ventana. Entraba ya en el cuarto con todo sosiego, acostumbrado al espectáculo de la muerte, como si el cadáver estuviera allí desde meses antes.

Advirtió que no se presentaban señales de descomposición y se lo comunicó á su esposa cuando se sentaban á la mesa para comer.

—No hay que extrañarlo—le contestó.—Está apergaminada; un año que quisiéramos se conservaría.

Comieron la sopa sin hablar palabra. Los niños, cansados de correr durante todo el día, dormitaban en las sillas y todos permanecían silenciosos.

De pronto bajó la luz de la lámpara.

La señora Caraván dió vuelta á la llave de la torcida; pero en vano. La luz se apagó. Se habían olvidado de comprar aceite. Si había que llegarse á la tienda de ultramarinos se enfriaría la comida. Buscaron velas. No había otras que las que ardían arriba, sobre la mesa de noche.

La señora Caraván, mujer de rápidas decisiones, envió á María Luisa á buscar dos y esperaron á obscuras.

Se oían distintamente los pasos de la niña, que subía la escalera. Luego reinó un instante de silencio y de pronto la niña bajó precipitadamente. Abrió la puerta, despavorida, más trastornada que la víspera al anunciar la catástrofe, y murmuró aterrada:

—¡Ay, papá! Abuela se está vistiendo.

Caraván se levantó con tal sobresalto que tiró la silla y preguntó:

—¿Qué dices?... ¿Qué es lo que dices?...

María Luisa, ahogada por la emoción, repitió:

—Abuela... Abuela... la abuela se viste y va á bajar.

Caraván se lanzó como un loco hacia la escalera, seguido de su mujer, pero al estar delante de la puerta del segundo piso se detuvo, asustado, no atreviéndose á entrar. ¿Qué es lo que iba á ver? La señora Caraván, más decidida, dió vuelta á la llave y entró en el cuarto.

Este parecía más sombrío, y en el centro moviase una forma alta y escueta. La vieja estaba en pie. Estaba en pie y al levantarse de su sueño letárgico, antes de que por completo volviera en sí, incorporóse, se volvió y apagó tres de las cuatro bujías que ardían junto á la cama mortuoria. Luego, cobrando fuerzas, se levantó para vestirse. Le extrañó al principio la desaparición de la cómoda; pero al cabo halló la ropa en la caja de madera blanca y se vistió tranquilamente. Después de tirar el agua que había en el plato, de poner la ramita de boj detrás del espejo y de arreglar las sillas, iba á bajar cuando aparecieron su hijo y su nuera.

Caraván corrió hacia ella, le cogió las manos, y la besó llorando mientras su mujer decía detrás de él con hipócrita acento:

—¡Qué suerte! ¡Oh! ¡Qué suerte!

Pero la vieja, sin enternecerse, fingiendo que ni

siquiera comprendía nada, con aspecto frío, preguntó:

—¿Estará pronto la comida?

Su hijo, sin saber lo que decía, replicó:

—Sí, mamá, sí; te esperábamos.

Y con cariño desusado tomó su brazo en tanto que la nuera les alumbraba andando hacia atrás, como hiciera durante la noche cuando su marido bajaba el mármol de la cómoda.

Al llegar al primer piso por poco tropieza con unas personas que subían. Eran sus parientes de Charentón; la señora Braux y su esposo.

La hermana de Caraván alta y gruesa, con un vientre de hidrópica que le hacía echar el cuerpo hacia atrás, abría los asustados ojos, dispuesta á huir. Su marido, un zapatero socialista, hombrecillo flacucho y veloso, parecido á un mono, murmuró sin conmoverse:

—¡Ah! ¡Parece que resucita!

Apenas les reconoció, la nuera les hizo expresivas muecas, y exclamó en voz alta:

—¡Toma! ¿Vosotros por aquí? ¡Qué sorpresa tan agradable!

La señora Braux, aun estupefacta, no entendía lo que pasaba y contestó á media voz:

—Hemos venido al recibir el telegrama; pensábamos que ya no había nada que hacer.

Su esposo, detrás de ella, la pellizcaba para que se callase, y dijo sonriendo con ironía:

—Gracias por habernos invitado; ya veis que hemos acudido en seguida, aludiendo á la enemiga que desde años atrás reinaba entre los dos matrimonios. Luego se fué hacia la vieja, que estaba ya en el descansillo, y frotando con su barba la cara demacrada y pálida, le dijo al oído á gritos, á causa de la sordera:

—¡Veo que estamos fuertes, abuelal

La señora Braux, admirada de encontrar viva á la que creía muerta, no se atrevía á besarla siquiera y su barriga enorme ocupaba el descansillo impidiendo que pudieran pasar los demás.

La vieja inquieta y desconfiada, pero sin decir palabra, miraba á sus hijos con sus ojillos escrutadores de mirada dura, fijándose tan pronto en uno como en otro, turbando á todos.

Caraván dijo para explicarse de algún modo:

—Ha estado algo delicada, pero ahora ya está mejor, ¿verdad, mamá?

La buena mujer, echando á andar, contestó con su voz cascada, que parecía venir de lejos:

—Fué un desmayo; he oído cuánto decíais.

Siguióse un silencio penoso. Entraron en la sala y luego se aprestaron á comer un refrigerio improvisado en unos minutos.

Únicamente Braux había conservado su aplomo. Su rostro de gorila maléfico gesticulaba y soltaba frases de doble sentido que molestaban á todos.

A cada instante sonaba el timbre de la puerta y Rosalía corría desesperada á llamar á Caraván, que se levantaba tirando la servilleta. Su cuñado le preguntó con retintín si tenía recepción.

—No, son recados que me traen—contestó balbuceando.

Trajeron un gran paquete que abrió atolondrado y aparecieron esquelas mortuorias orladas de negro. Entonces se puso colorado hasta las orejas y escondió el paquete.

Su madre no le había visto. Miraba con obstinación el reloj cuya bola dorada oscilaba sobre la chimenea. Cada vez se sentían todos más turbados á causa del mismo silencio.

De pronto la vieja volvió hacia su hija su rostro arrugado de bruja y chispeándole de malicia los ojos, dijo:

—El lunes tráeme á tu hija; quiero verla.

—Sí, mamá—respondió con júbilo la señora Braux mientras la nuera, palideciendo, sentía gran angustia.

Por fin ambos hombres se pusieron á hablar, discutiendo acerca de un asunto político. Braux sostenía las doctrinas revolucionarias y comunistas; ma-



noteaba y vociferaba relampagueándole los ojos entre la espesa pelambreira:

—¡Sí, señor, la propiedad es un robo en perjuicio del que trabaja; la tierra es de todos; la herencia es una infamia y una vergüenza!...

Luego se detuvo súbitamente como el que acaba de soltar una gran tontería, y añadió en tono más suave:

—A bien que no es esta la mejor ocasión para hablar de ello.

Se abrió la puerta y el *doctor* Chenet asomó por ella. Quedó estupefacto durante un momento, pero se repuso pronto y acercándose á la vieja exclamó:

—¡Ah, ah! Veo que está usted mejor abuela. Ya me lo figuraba, y al subir la escalera pensé: ¿Qué apostamos á que la encuentro levantada?

Y dándole un golpecito en la espalda, añadió:

—Es más fuerte que el Puente Nuevo; ya veréis como nos entierra á todos.

Se sentó, aceptando el café que le ofrecían, y terció en la discusión apoyando á Braux porque también él había sido de los comunistas en 1871.

La anciana, que sentía cansancio, quiso ir á su cuarto. Caraván fué hacia ella, que le miró fijamente y le dijo:

—Anda, súbeme en seguida la cómoda y el reloj.

—Sí, mamá—balbució.

La vieja tomó el brazo de su hija y desapareció con ella.

Los dos Caraván quedaron mudos, anonadados, previendo un desastre, en tanto que Braux sorbía poco á poco el café con satisfacción evidente.

De pronto la señora Caraván se lanzó hacia él chillando:

—Es usted un ladrón, un canalla, un bandido... ¡Le escupo á la cara! Le... le...

Y no hallando injuria bastante terrible se ahogaba á impulso de su cólera mientras él continuaba riendo y bebiendo.

Al aparecer la cuñada aumentó el cisco. La señora Caraván la insultó de un modo abominable y ambas se dijeron lo indecible, lo que ni aun las rabaneras se dicen; formando contraste la enorme masa de una con la facha escueta y esmirriada de la otra.

Chenet y Braux se interpusieron y este último, cogiendo á su mujer por los hombros, la echó afuera gritando:

—Calla, burra; chillas demasiado.

Se oyó que disputaban alejándose.

El señor Chenet se despidió.

Los Caraván quedaron frente á frente.

Entonces él se dejó caer en una silla sudando de angustia y murmuró:

—¿Y qué le digo ahora á mi jefe?

LA MUJER DE PABLO